

UN PAPA PASTOR

Cinco años con Francisco



AL cumplirse cinco años del inicio de su ministerio, han abundado los análisis de lo que el papa Francisco está suponiendo para la Iglesia y para el mundo. Es cierto que, tanto el pensamiento como los gestos y, por supuesto, las decisiones del primer papa latinoamericano y del primer papa jesuita interesan mucho, porque se percibe en él un aire de auténtica novedad. ¡Francisco es un papa que, cumplidos los 80 años, mantiene una sorprendente actitud emprendedora!

Para entender bien la persona de un papa, y así interpretar correctamente su ministerio, es muy importante conocer su origen. Sería imposible comprender justamente a Juan Pablo II sin partir de su Polonia comunista, como lo sería acercarse a Benedicto XVI sin saber de su biografía como teólogo y profesor. En el caso de Francisco el dato de re-

ferencia es su vida como «pastor». Esto es, como cura y obispo «a pie de obra».

Francisco ha convivido día a día con las personas, especialmente con las más humildes, compartiendo sus preocupaciones, estrecheces y alegrías; y ha trabajado sostenidamente para vivir el Evangelio en esos ambientes. Francisco es, él mismo, el pastor con olor a oveja que nos propone como modelo de evangelizador.

¿Qué resaltaría de estos cinco años del papa Francisco desde la perspectiva pastoral? Veamos algunas características que me parecen más sugerentes.

Cercanía. Francisco cumple diariamente uno de sus consejos preferidos: salir al encuentro. La forma de presentarse el mismo día de su elección ya nos permitía intuir esa persona cálida que escapa del corsé del

protocolo para tocar, acariciar, besar, intercambiar el solideo, hacerse un selfie, dar la mano o un abrazo.

También por cercanía decidió vivir en Santa Marta, en un lugar más normal, tratando sencillamente con tanta gente. A pesar de su edad y limitaciones físicas, busca el trato directo inmediato, directo y claro. Llama por teléfono sin aviso previo, escribe una carta de su puño y letra, detiene el vehículo para saludar y bendecir, conversa con todo tipo de personas.

Misericordia. Desde aquel primer viaje a Lampedusa, la actividad papal está muy atenta las situaciones de sufrimiento en cualquier lugar del planeta. Muchos de sus viajes han sido a países pobres o con graves problemas; es imposible olvidar su presencia en Myanmar, Bangladesh, Centroáfrica, Kenya, Albania, Sarajevo, Bolivia... Su constante interés por las catástrofes humanitarias, el encuentro con las periferias existenciales (cárcel, hospitales, centros de huérfanos, dependientes, mayores, reformatorios, campos de refugiados...). Convocó el Año de la Misericordia para reubicar esta actitud evangélica en el centro de la vida de los cristianos y de la Iglesia.

Influjo. Son bastantes los analistas que coinciden en subrayar el ascendiente ético del Papa en las relaciones internacionales. Tanto es

así que muchos le califican como un auténtico líder en una humanidad globalizada y escasa de ellos.

Curiosamente, se trata de un respeto que alcanza también a sectores progresistas y alternativos, habitualmente recelosos ante el mensaje de los papas. Con Francisco, Roma está siendo lugar de congresos y encuentros de movimientos populares, iniciativas civiles progresistas y sensibilidad eco-pacifista, promovidos o alentados por la Sede apostólica. Por otra parte, las relaciones con los estados y sus mandatarios están siendo orientadas por el deseo de colaborar en la solución de los graves problemas humanitarios.

El Papa ha retomado con fuerza y claridad la dimensión social de la evangelización. El evangelio de Jesús pretende, también, influir en la transformación de la economía, la política y la cultura en sintonía con la dinámica de Reino. Francisco insiste una y otra vez en este aspecto esencial para la misión eclesial.

Unas veces ha sido por la denuncia (imposible olvidar la frase «esa economía mata»); otras al proponer algunas reflexiones y criterios en sus intervenciones con organismos internacionales, movimientos populares, sindicalistas, empresarios, alcaldes y otros cargos electos; y otras veces por algunas iniciativas simbólico-tractoras a favor de los «descartables». Podemos sumar aquí varios textos, especialmente *Laudato si*, sobre la ecología. Francisco impulsa así una Iglesia menos «autorreferencial» y más sensible a los grandes desafíos de la humanidad.

La ansiada *reforma de la curia romana* es otro de los trabajos prioritarios para el Papa. Todos los ana-

listas coinciden en que la urgente necesidad de una reforma profunda, estructural y actitudinal a la vez, fue una de las claves en la renuncia de Benedicto XVI y en la elección de Francisco. Para afrontar la reforma curial, el Papa creó una comisión cardenalicia representativa de todos los continentes, que sigue trabajando en ello. Aunque poco más po-



Francisco cercano a las personas, anuncia con fuerza y claridad el evangelio que denuncia las injusticias.

demostramos decir en este momento —algunas cosas se han hecho—, con la esperanza de que a finales de este año se concluya la ingente tarea de limpieza, transparencia y sinergia que prometió.

Hay resistencias a la reforma, desde luego, pero eran previsibles. Parece lógico que muchos pidan más agilidad y manifiesten su pro-

ocupación, ya que el futuro del cambio promovido por el Papa depende de esa auténtica reforma curial.

En relación con esto hemos de subrayar el valor que Francisco pretende devolver a las *Iglesias locales* y a sus hermanos los obispos. Un centralismo absorbente, protagonizado por la curia romana, tan fácilmente influenciable por grupos de presión y monseñores más o menos ocultos, debe dejar lugar a una Iglesia más católica, lejos de la imagen de una multinacional. Varias decisiones de Francisco van en esta dirección, al ceder competencias a las diócesis y a las conferencias episcopales, y actuando desde Roma de una manera menos invasiva y más respetuosa. La Iglesia local no es una «parte» sino una «porción» de la Iglesia universal.

Una última nota, por ahora, sobre la *sinodalidad*. Sínodo significa en griego «caminar juntos». Francisco está promoviendo una nueva cultura de la consulta. Son consultas amplias, dilatadas en el tiempo para favorecer la participación y sobre temas capitales en la pastoral. Lo hemos visto en el caso de los Sínodos de obispos (familia y juventud), en la renovación de las formas de consulta para el nombramiento de obispos, en la comisión para el diaconado femenino, en la convocatoria del Sínodo panamazónico, el presínodo de la juventud... Desde el punto de vista jurídico, el Papa podría hacer y mandar muchas cosas, sin duda, pero prefiere que la cultura (algo más que una iniciativa aislada) de la consulta, la escucha y el discernimiento sean el camino habitual para decantar las posiciones de la Iglesia.

JAVIER OÑATE